

NOTA PREVIA

A lo largo del siglo XX la arquitectura y el urbanismo se han identificado esencialmente con la ciudad y, aún más, con la idea metropolitana de ciudad. En ella se producen los desarrollos y las fuerzas ligadas al crecimiento industrial y comercial modernos, en ella tienen lugar las luchas sociales del siglo, y de ella surgen las imágenes que representan paradigmáticamente la modernidad. Sea identificándola como una segunda naturaleza que nos asombra con sus paisajes sublimes, sea viéndola como el lugar ideal al que aplicar los programas productivistas racionales contenidos en la idea de planificación —es decir, sea irracional o racionalmente— la ciudad parece ser el único escenario apropiado para las nuevas relaciones humanas que la vida moderna establece, y también el único lugar en el que pueden expresarse el arte, la arquitectura y el urbanismo de nuestros tiempos.

Pero si es cierto que la ideología del siglo XX es esencialmente urbana, ha habido a lo largo del mismo momento en que ésta se ha expresado de otro modo. Ha habido también, a lo largo del siglo, momentos en los que la visión de la ciudad ha sido negativa. Y no nos referimos a construcciones teóricas particulares o marginales utopías lanzadas contra la sociedad establecida, sino, muy al contrario, a situaciones bien integradas en la estructura de la modernidad y de sus instituciones más oficiales. Coincidiendo con los períodos de crisis que se han sucedido a lo largo del siglo, se han desarrollado lo que podríamos llamar “ideologías antiurbanas”, que han partido de determinadas necesidades de reorganización social, y que han afectado a la creación artística y arquitectónica tanto como al pensamiento urbanístico. En períodos como los años 30, marcados por la profunda crisis que siguió al crack del 29 y por las convulsiones políticas y sociales que afectan a Europa, o en otros como los años 40 y 50, marcados por la necesidad de reconstrucción después de la guerra y por el inicio de la guerra fría, las políticas que exaltan las formas de producción agrícola y la vida rural como oposición a la producción industrial y a la ciudad, van de la mano con el interés formal por lo rural, mistificado de mil formas: regreso a los orígenes, nueva inocencia, hombre real, etc.

Artistas, arquitectos y urbanistas hablan, crean y producen un imaginario adecuado a esos tiempos de reestructuración social, siempre coyunturales, pero no por ello menos decisivos en el pensamiento de la modernidad. Esas “ideologías antiurbanas” serán el objeto de estudio de este congreso, centradas en esos dos momentos —los años treinta y los que siguen a la segunda guerra mundial— y con atención especial a las formas que esa ideología toma en la situación española.

Juan José Lahuerta